



Este artículo se encuentra disponible
en acceso abierto bajo la licencia Creative
Commons Attribution 4.0 International License

Revista de Derecho Procesal del Trabajo

Publicación Especializada del Equipo Técnico Institucional de Implementación
de la Nueva Ley Procesal del Trabajo del Poder Judicial

Vol. 8, n.º 12, julio-diciembre, 2025, 259-307

Publicación semestral. Lima, Perú

ISSN: 2708-9274 (En línea)

DOI: <https://doi.org/10.47308/rdpt.v8i12.1326>

Entre amenazas vacías y pruebas que no van a llegar: el espejismo del equilibrio probatorio en la Nueva Ley Procesal del Trabajo

**Between empty threats and evidence that will never
arrive: The mirage of evidentiary balance in the New
Labor Procedural Law**

**Entre ameaças vazias e provas que nunca chegarão: o
espelho do equilíbrio probatório na Nova Lei Processual
do Trabalho**

ALEXIA MARÍA CABALLERO SAAVEDRA

Universidad de Piura
(Lima, Perú)

Contacto: alexiacaballerosaavedra@gmail.com
<https://orcid.org/0009-0000-5547-5415>

CARLOS ADRIÁN DAZA LOZADA

Universitat de Girona
(Girona, España)

Contacto: dazalozadaabogado@gmail.com
<https://orcid.org/0009-0000-4109-8727>

RESUMEN

La Nueva Ley Procesal del Trabajo ha incorporado dos artículos (23.5 y 29) que buscan atenuar la desigualdad probatoria entre empleadores y trabajadores. Estas dos normas facultan o, incluso, obligan al juez a tener por probados determinados hechos a partir de indicios o de la conducta procesal de las partes. Este trabajo analiza críticamente si estas normas contribuyen a equilibrar la balanza probatoria o si generan, más bien, un espejismo de equilibrio que afecta no solo a la parte con mayores dificultades para probar los hechos, sino que también compromete el carácter epistémico que debería tener el proceso laboral. Así, tras una revisión conceptual de las presunciones, las inferencias probatorias, las reglas de carga de la prueba, así como el análisis de pronunciamientos judiciales, se ha pretendido mostrar que los artículos mencionados, en realidad, no establecen presunciones ni redistribuyen la carga probatoria, sino que replican la práctica de los jueces existentes: la formulación de simples inferencias probatorias. Esta redacción ambigua no incentiva la colaboración probatoria de las partes; por el contrario, amplía una discrecionalidad judicial sin establecer criterios claros sobre suficiencia probatoria ni exigencias claras de motivación en la decisión sobre los hechos. Como conclusión, se propone adoptar un modelo basado en deberes probatorios exigibles, cuya inobservancia implique sanciones procesales, civiles, penales o pecuniarias. Asimismo, se propone otorgar a los jueces mayores facultades probatorias, incluyendo la posibilidad de imponer deberes probatorios específicos y mecanismos alternativos como el *discovery*, por ejemplo, adaptados a la realidad jurídica nacional, que permitan combatir verdaderamente el desequilibrio probatorio entre las partes. De este modo, se busca construir un proceso laboral más comprometido con la búsqueda de la verdad a partir de medidas que sean coherentes con el sistema jurídico.

Palabras clave: presunciones; inferencias probatorias; carga de la prueba; conducta procesal; razonamiento probatorio.

Términos de indización: teoría legal; sentencia judicial; procedimiento legal; derecho laboral, derecho público (Fuente: Tesaurus Unesco).

ABSTRACT

The New Labor Procedural Law has incorporated two articles (23.5 and 29) that seek to mitigate the evidentiary inequality between employers and workers. These two provisions empower or, even, oblige the judge to deem certain facts proven based on indicia or the procedural conduct of the parties. This paper critically analyzes whether these norms contribute to balancing the evidentiary scales or whether they generate, instead, a mirage of equilibrium that not only affects the party with greater difficulties in proving facts but also compromises the epistemic character that the labor process should have. Thus, following a conceptual review of presumptions, evidentiary inferences, and burden of proof rules, as well as an analysis of judicial rulings, the aim has been to show that the mentioned articles do not, in reality, establish presumptions or redistribute the burden of proof, but rather replicate the existing practice of judges: the formulation of simple evidentiary inferences. This ambiguous wording does not incentivize evidentiary collaboration by the parties; on the contrary, it expands judicial discretion without establishing clear criteria regarding evidentiary sufficiency or clear requirements for reasoning in the decision regarding the facts. In conclusion, it is proposed to adopt a model based on enforceable evidentiary duties, the non-observance of which implies procedural, civil, criminal, or pecuniary sanctions. Likewise, it is proposed to grant judges greater evidentiary powers, including the possibility of imposing specific evidentiary duties and alternative mechanisms such as discovery, for example, adapted to the national legal reality, which allow for truly combating the evidentiary imbalance between the parties. In this way, the goal is to build a labor process more committed to the search for the truth based on measures that are coherent with the legal system.

Key words: presumptions; evidentiary inferences; burden of proof; procedural conduct; evidentiary reasoning.

Indexing terms: legal theory; legal decisions; legal procedure; labour law; public law (Source: Unesco Thesaurus).

RESUMO

A Nova Lei Processual do Trabalho incorporou dois artigos (23.5 e 29) que buscam atenuar a desigualdade probatória entre empregadores e trabalhadores. Essas duas normas facultam ou, inclusive, obrigam o juiz a considerar como provados determinados fatos a partir de indícios ou da conduta processual das partes. Este trabalho analisa criticamente se essas normas contribuem para equilibrar a balança probatória ou se geram, pelo contrário, uma miragem de equilíbrio que afeta não apenas a parte com maiores dificuldades para provar os fatos, mas que também compromete o caráter epistêmico que o processo do trabalho deveria ter. Assim, após uma revisão conceitual das presunções, das inferências probatórias, das regras de ônus da prova, bem como da análise de pronunciamentos judiciais, pretendeu-se mostrar que os artigos mencionados, na realidade, não estabelecem presunções nem redistribuem o ônus probatório, mas sim replicam a prática dos juízes existentes: a formulação de simples inferências probatórias. Esta redação ambígua não incentiva a colaboração probatória das partes; pelo contrário, amplia uma discricionariedade judicial sem estabelecer critérios claros sobre suficiência probatória nem exigências claras de motivação na decisão sobre os fatos. Como conclusão, propõe-se adotar um modelo baseado em deveres probatórios exigíveis, cuja inobservância implique sanções processuais, civis, penais ou pecuniárias. Da mesma forma, propõe-se outorgar aos juízes maiores faculdades probatórias, incluindo a possibilidade de impor deveres probatórios específicos e mecanismos alternativos como o *discovery*, por exemplo, adaptados à realidade jurídica nacional, que permitam combater verdadeiramente o desequilíbrio probatório entre as partes. Deste modo, busca-se

construir um processo do trabalho mais comprometido com a busca da verdade a partir de medidas que sejam coerentes com o sistema jurídico.

Palavras-chave: presunções; inferências probatórias; ônus da prova; conduta processual; raciocínio probatório.

Termos de indexação: teoria jurídica; decisão judicial; procedimento legal; direito do trabalho; direito público (Fonte: Tesouro Unesco).

Recibido: 30/07/2025

Revisado: 09/10/2025

Aceptado: 16/10/2025

Publicado en línea: 30/12/2025

1. INTRODUCCIÓN

La Nueva Ley Procesal del Trabajo (en adelante, NLPT) introdujo una serie de disposiciones destinadas a intentar restablecer el desequilibrio probatorio entre empleadores y trabajadores. Entre ellas pueden destacarse los artículos 23.5 y 29, que otorgan al juez ciertas prerrogativas probatorias que amenazarían con una decisión fáctica desfavorable cuando existan indicios suficientes que permitan presumir el hecho lesivo alegado por el demandante o cuando alguna de las partes adopte una conducta probatoria disvaliosa.

No obstante, pese a que los objetivos de la regulación pretenden alcanzar tal equilibrio entre las partes, las disposiciones mencionadas presentan ambigüedades conceptuales que impiden satisfacer las finalidades para las que fueron creadas. Este trabajo se propone analizar críticamente el alcance y las limitaciones de estas normas, con el fin de determinar si constituyen mecanismos efectivos de equilibrio probatorio o si, por el contrario, solo generan un espejismo que, más bien, desincentiva la colaboración de las partes en la conformación del acervo probatorio.

Así, mediante una aproximación teórico-conceptual, se han distinguido los posibles efectos que la normativa analizada podría generar, diferenciando entre presunciones, carga de la prueba e inferencias probatorias. Con ello, se pretende demostrar la falta de incentivos que genera la regulación vigente respecto de la aportación de los medios probatorios relevantes al proceso laboral. De esta manera, se justifica —como se plantea en este trabajo— la necesidad de transitar hacia un sistema de auténticos deberes procesales, complementándolo con mecanismos alternativos como el *discovery*, que contemple sanciones correlativas, capaces de generar los incentivos a las partes de forma coherente con el sistema jurídico.

2. EL COMPLEJO PANORAMA DE LA CARGA DE LA PRUEBA Y DE LAS PRESUNCIONES EN LA NLPT

2.1. Los artículos 23.5 y 29 de la NLPT

La NLPT, considerando las diferencias estructurales que existen entre los empleadores y los trabajadores, ha establecido una serie de prerrogativas y deberes probatorios asignados al juez y a las partes en forma específica.

Ello se debe a que las diferencias económicas y funcionales entre los intervinientes del proceso laboral afectan la disponibilidad de los medios probatorios entre trabajadores y empleadores. Así, en función de las características propias de los sujetos procesales en el ámbito laboral, se evidencia una asimetría en las cargas y las posibilidades probatorias. Ello implica que determinadas pretensiones resultan más fácilmente acreditables por parte del empleador o del trabajador, según sea el caso.

Esta impresión respecto de la realidad procesal laboral es ampliamente compartida por la doctrina más autorizada. Priori Posada y Pérez-Prieto de las Casas (2012, pp. 338, 341-342) señalan

que, en varias situaciones, quien afirma un hecho no se encuentra necesariamente en las mejores condiciones para probarlo —según la regla general de la carga de la prueba—, por no haber tenido control de los hechos; y, en el ámbito de las relaciones laborales, «[...] se suele decir que quien se encuentra en mejores condiciones para probar los hechos es el empleador, fundamentalmente por ser él quien tiene la obligación legal o las mejores posibilidades de llevar y conservar los documentos relativos a la relación laboral», con las salvedades correspondientes respecto de aquellos hechos que trascienden el ámbito documental.

De manera similar, Alvarado Bustos (2019, p. 107), refiriéndose a lo dicho por Giglio, comparte la posición anterior, pero añade que en ocasiones la redistribución de las cargas probatorias como medida de flexibilización se justifica no solo por la dificultad generalizada que enfrentan los trabajadores para ofrecer medios probatorios en los procesos laborales, sino también por la necesidad de restablecer la igualdad procesal, colocando al trabajador y al empleador en condiciones probatorias más equilibradas.

Este contexto, como señalan Toyama Miyagusuku y Vinatea Recoba (2025, pp. 52, 156), una situación probatoria desproporcionada entre las partes obliga a los jueces a adoptar conductas que permitan controlarla, asumiendo un rol especialmente activo para impedir que las partes eludan el cumplimiento de sus cargas probatorias o que sus conductas perjudiquen el resultado del proceso. Este rol del juzgador se manifiesta, específicamente, en la conducción activa del proceso que debe ejercer en virtud del principio tuitivo del proceso del trabajo. Este principio podría justificar, según el caso, una flexibilización en el campo probatorio que atienda las condiciones de hiposuficiencia que afectan a los trabajadores demandantes (Saldarriaga Medina, 2014, p. 121).

A partir de lo señalado, la NLPT confiere a los jueces diversas prerrogativas probatorias, entre facultades y auténticos poderes probatorios. Lo señalado se sustenta, entre otros preceptos,

en los artículos 23.5 y 29 de la citada norma. Concretamente, estas disposiciones normativas permitirían que los jueces presuman o tengan por cierta la existencia de determinados hechos, basándose no solo en los elementos de juicio que sean incorporados a un proceso específico, sino también en la conducta procesal de las partes, lo que podría conducir a conclusiones sobre hechos probados contrarias a los intereses de los agentes procesales. En estricto, ambos artículos referidos previamente indican lo siguiente:

Artículo 23. Carga de la prueba

[...]

23.5. En aquellos en que de la demanda y de la prueba actuada aparezcan indicios que permitan presumir la existencia del hecho lesivo alegado, el juez debe darlo por cierto, salvo que el demandado haya aportado elementos suficientes para demostrar que existe justificación objetiva y razonable de las medidas adoptadas y de su proporcionalidad.

Los indicios pueden ser, entre otros, las circunstancias en las que sucedieron los hechos materia de la controversia y los antecedentes de la conducta de ambas partes.

Artículo 29. Presunciones legales derivadas de la conducta de las partes

El juez puede extraer conclusiones en contra de los intereses de las partes atendiendo a su conducta asumida en el proceso. Esto es particularmente relevante cuando la actividad probatoria es obstaculizada por una de las partes.

Si bien el objetivo detrás de la regulación, tal y como ha sido estructurada, puede ser noble —pues intenta restablecer el equilibrio probatorio entre los intervinientes del proceso laboral y otorgar al juez de posibilidades de mayor capacidad de intervención para solucionar los problemas derivados de conductas procesales desleales o de las habituales diferencias económicas e informativas entre las partes—,

esta no se encuentra exenta de problemas de corte práctico y teórico-conceptual.

En las secciones que prosiguen se expondrán los principales problemas y se propondrán posibles soluciones teóricas. Con este propósito, se presentarán algunas consideraciones críticas referidas a determinar si las prerrogativas mencionadas constituyen poderes o deberes probatorios, para luego precisar cuáles son sus efectos, dado que aún no resulta del todo claro si implican el empleo de presunciones, modificaciones a la carga de la prueba o simples inferencias probatorias. Para este segundo punto, resultará necesario precisar conceptualmente las presunciones, las reglas de carga probatoria y las inferencias probatorias, pues tienen implicancias diversas. Finalmente, se intentará analizar la efectividad de las normas antes descritas respecto de la problemática anunciada: ¿funcionan o no las disposiciones que pretenden equilibrar probatoriamente las controversias en la NLPT?

2.2. Consideraciones críticas: ¿poder o deber probatorio?

El principal y más evidente inconveniente de la normativa es que no resulta claro si su objetivo ha sido establecer un poder o un deber probatorio. Para comprender esta inquietud es necesario verificar, en primer lugar, cuáles son los efectos de aquello que se confiere en cada uno de los artículos de la NLPT previamente referidos.

Por un lado, el artículo 23.5 señala que el juez *debe* dar por cierta la existencia del hecho lesivo alegado cuando existan indicios para ello. En esta oportunidad, la NLPT ha establecido una *obligación* dirigida al juzgador de tener por probados ciertos hechos a partir de la verificación de indicios suficientes en términos genéricos. Y, por otro lado, el artículo 29 establece que el juez *puede* extraer conclusiones contrarias a los intereses de las partes derivadas de su conducta procesal. Considerando que el principal interés de las partes, por lo general, es obtener un resultado favorable en el proceso, el tipo de conclusiones

que se adopten en sentido contrario a estos intereses son esencialmente probatorias; es decir, se refieren a qué hechos controvertidos y relevantes para la controversia se consideran finalmente probados para la decisión final.

En relación con ello, la doctrina ha señalado que, si bien es cierto que el juez puede arribar a conclusiones en función de la conducta de las partes y del cumplimiento del deber de colaboración, la autoridad jurisdiccional también debe advertir en qué supuestos tales inferencias no resultan procedentes. Por ello, esta facultad judicial debe ejercerse de manera razonada y razonable, en tanto constituye un mecanismo de facilidad probatoria que solo puede activarse válidamente frente a conductas obstruccionistas (Ávalos Jara, 2020, p. 89).

Como se aprecia, en esta disposición normativa la NLPT ha consagrado una *facultad* o *poder* al juez que lo habilita a extraer conclusiones fácticas, basándose en una serie de indicios particulares, únicamente referidos a la conducta procesal de las partes en lo correspondiente a la obstaculización de la actividad probatoria. Entonces, si los efectos de ambas disposiciones implican que el juez arribe a conclusiones fácticas determinantes para la resolución de la controversia a partir de la verificación de determinados indicios, resulta ambiguo si es que el juez se encuentra obligado a ello o si, por el contrario, cuenta con la facultad de decidir si tiene o no por probadas dichas conclusiones fácticas.

Esto resulta especialmente problemático si se considera que la obstaculización probatoria al que hace referencia el artículo 29, que podría, por ejemplo, materializarse en la negativa a ofrecer determinado medio probatorio, bien podría ser considerado un indicio suficiente al criterio del juzgador para que luego, según el artículo 23.5, deba presumirse la existencia de los hechos lesivos reclamados. Sin perjuicio de la crítica formulada, este trabajo mostrará por qué en cualquiera de los dos supuestos —poder o deber probatorio—, dicha configuración

resulta particularmente riesgosa y problemática. Estos riesgos, en principio, se encuentran directamente derivados de la compleja serie de efectos que genera el ejercicio o el cumplimiento de este poder o deber (según se determine a cuál de los dos se refiere la NLPT).

2.3. Una posible ambigüedad: el caso de la fórmula secreta

Los riesgos mencionados en la sección anterior se ilustrarán a partir del siguiente ejercicio mental que, para estos efectos, se denominará «El caso de la fórmula secreta».

Imagine lo siguiente: Javier trabajó por varios años en una empresa farmacéutica hasta que fue despedido. Demanda al empleador alegando que el despido ocurrió como consecuencia de haber cuestionado presuntas prácticas inseguras en el área de producción de un medicamento. Javier señaló en la demanda que el despido es un hecho lesivo de sus derechos y pretende una indemnización por despido incausado y daño moral. En el proceso, Javier no presentó pruebas sobre sus afirmaciones, pues únicamente contaba con su declaración y la proximidad temporal entre su reclamo verbal y el despido como único sustento. Ante esta situación y considerando que podría existir información relevante para la decisión, el juez ordena a la empresa exhibir todos los reportes técnicos del fármaco y los correos internos de la semana en la que Javier fue despedido.

La farmacéutica se negó a cumplir con lo ordenado e informó que los documentos requeridos por el magistrado contienen información clasificada vinculada con la fórmula industrial en desarrollo del fármaco, que constituye un secreto comercial que, de revelarse, arriesgaría su posición en el mercado y afectaría otros compromisos contractuales con terceros. Ante esta negativa, el juez aplica el artículo 29 de la NLPT, al considerar que la renuencia de la empresa a exhibir las pruebas requeridas es obstaculizadora. En consecuencia, extrae una conclusión contraria a los intereses de la farmacéutica y considera

probadas las alegaciones de Javier. Además, basándose en el artículo 23.5, el magistrado señala que, a partir de esta conducta procesal y la declaración del demandante constituyen indicios suficientes para tener por cierto el hecho lesivo, corresponde tenerlo por probado, máxime cuando la empresa no ha ofrecido una justificación razonable del despido.

Todo esto, sin embargo, en un caso idéntico, podría conducir a un desenlace diferente: otro juez podría adoptar una decisión opuesta. Podría considerar que la negativa del empleador a exhibir tales documentos es razonable y que no obstaculiza probatoriamente, por lo que no aplicaría el artículo 29 de la NLPT. Además, podría considerar que los elementos de juicio del expediente no son suficientes para que el deber del artículo 23.5 se active o que la falta de contradicción de la farmacéutica no implica que la medida cuestionada (el despido) sea necesariamente arbitraria e irrazonable.

Como se aprecia de este ejercicio mental, partiendo de los mismos hechos, un juez podría creer que está obligado a dar por probado un hecho lesivo bajo el deber del artículo 23.5, aduciendo que, según el artículo 29, existen los indicios suficientes. Otro juez, en cambio, puede no tener por acreditado tal hecho lesivo al estimar que no se verifican las condiciones normativas para presumir este hecho. Esta situación revela la existencia de una ambigüedad normativa respecto de si los jueces tienen el deber de presumir ciertos hechos o si, más bien, gozan de la facultad de hacerlo, así como ponen en evidencia la tensión que existe entre las disposiciones normativas de los artículos 23.5 y 29 de la NLPT.

Esta tensión ha sido abordada por la jurisprudencia nacional, que ha interpretado estos preceptos en diversos casos, revelando criterios relevantes sobre el uso de indicios y las cargas probatorias en el proceso laboral. En esa línea, cabe señalar que la Segunda Sala de Derecho Constitucional y Social Transitoria de la Corte Suprema

de Justicia de la República ha establecido, en la Casación Laboral n.º 7099-2023-Lambayeque, del 7 de mayo de 2024, que la existencia de indicios suficientes podría desvirtuar la presunción de voluntariedad en la renuncia presentada por el trabajador, configurándose así un despido fraudulento. La citada resolución establece en su noveno considerando lo siguiente:

[...] se evidencia que en conformidad con el artículo 23.5 de la Nueva Ley Procesal de Trabajo n.º 29497, el juez acudió a los indicios que le generaron una mínima convicción y grado de certeza respecto a los vicios de la voluntad en la manifestación de renuncia del actor, como son las circunstancias en las que sucedieron los hechos materia de la controversia, como el hecho de que el catorce de agosto de dos mil diecinueve la jefa de producción encontró al actor consumiendo una mandarina que era un producto ofertado al público y le pidió que efectúe su descargo por ser falta grave. Ese mismo día, el demandante presenta su carta de renuncia, la que es manuscrita, alegando «motivos personales al área de carnes y pollos...».

Respecto a la pertinencia de la norma cuya infracción es alegada por la parte recurrente, es importante señalar que la Sala Superior la toma en cuenta dentro de su sustentación, empero, no es el único sustento de la sentencia, ya que ha considerado que dicha renuncia no evidencia un acto voluntario, porque de acuerdo con el contexto de los hechos y de los indicios señalados como que no existe un cargo de recepción de la carta de renuncia, tampoco una aceptación de la empleadora, ni que se le haya exonerado del plazo de treinta días de antelación, así como la celeridad en que la demandada le otorga el certificado de trabajo y la carta de liberación de la compensación por tiempo de servicios; concluyendo que existió una falta de voluntad en la renuncia del actor al verse coaccionado para hacerlo, confirmando la sentencia apelada al haberse configurado un despido fraudulento. Criterio que es compartido por este Supremo Colegiado [...].

De la lectura de lo anterior, la Corte Suprema de Justicia de la República considera que, en casos en los que existan elementos indiciarios suficientes que evidencien una coacción o una presión al momento de presentar la renuncia, corresponde calificar esta renuncia como no voluntaria y, por tanto, como un despido fraudulento pasible de nulidad.

Siguiendo el mismo orden de ideas, la Segunda Sala de Derecho Constitucional y Social Transitoria de la misma autoridad jurisdiccional ha precisado —mediante la Casación Laboral n.º 28095-2022-La Libertad, del 4 de abril del 2024— que la sola falta de presentación de los registros de control de asistencia por parte del empleador no resulta suficiente para acreditar el cumplimiento de una jornada extraordinaria. Por ello, es necesario que el trabajador aporte otros elementos probatorios que respalden su pretensión. La citada resolución establece lo siguiente en su quinto considerando:

[...] Se tiene del escrito de demanda que el demandante peticiona, entre otros, el pago de horas extras sobre el cual refiere que la propia demandada le reconocía y pagaba horas extras conforme se aprecia de sus boletas de pago, no obstante, considera no se le ha pagado las horas extras que en verdad realizaba en su condición de vigilante a razón de 3 horas con 30 minutos diarios de labor en sobretiempo en horario diurno y 4 horas extras diarias en horario nocturno, esta tesis ha sido amparada por el Colegiado Superior quien ha considerado que tales considerandos se condicen con las máximas de la experiencia del rubro de vigilancia, pues la mayoría de empresas de vigilancia estructura sus turnos de trabajo de 7 a. m. a 7 p. m. y viceversa aunado a la conducta de la emplazada de no presentar los registros de control de asistencia, conducta que será valorada en virtud del artículo 29 de la Nueva Ley Procesal de Trabajo.

Por su parte este Colegiado Supremo considera que no basta la presunta obstrucción procesal para pretender determinar el

cumplimiento de una jornada extraordinaria si ésta no se encuentra acreditada con otros elementos probatorios, y/o en su defecto la información presentada se encuentre incompleta, la misma que no permita acreditar lo solicitado por el actor, situación que no puede ser soslayada por aplicación de presunciones legales o máximas de la experiencia pues además es un hecho no negado que la emplazada ha reconocido pagos de horas extras y en ningún caso fue por el lapso utilizado por el Colegiado Superior para amparar el pago de jornada en sobretiempo.

A partir de lo anterior, la Corte Suprema de Justicia de la República considera que, si bien la conducta procesal del empleador puede ser valorada en el marco del artículo 29 de la NLPT, ello no exime al trabajador de la carga de probar la realización efectiva de horas extraordinarias mediante medios probatorios adicionales. En consecuencia, no resulta procedente presumir su realización únicamente con base en máximas de la experiencia o la falta de prueba documental por parte del empleador.

Como se aprecia, ambas casaciones laborales ponen de manifiesto que, bajo el mismo marco normativo, jueces distintos pueden arribar a conclusiones opuestas sobre hechos relevantes. En el primer caso, la Corte determinó que existían indicios suficientes —en particular, la secuencia temporal entre un cuestionamiento interno y la renuncia supuestamente coaccionada— para considerar acreditado el despido fraudulento declarado en la decisión, conforme al artículo 23.5. Por el contrario, en la segunda casación, el Tribunal sostuvo que la sola ausencia de registros de asistencia no resultaba suficiente para presumir la realización de trabajo en sobretiempo por parte del trabajador. Pese a que reconoció la existencia de una conducta probatoria obstaculizadora —pues la empresa se negó a entregar los registros de asistencia—, el Tribunal exigió igualmente al trabajador la presentación de medios probatorios adicionales. Además, consideró que no estaba obligado a

tener por acreditada la afectación y no valoró los indicios obrantes en el expediente como suficientes para tal fin.

Las dos resoluciones son un buen ejemplo de cómo la ausencia de criterios para la determinación de la suficiencia de los indicios y la poca claridad respecto de cuándo el juez está obligado o solo facultado para inferir hechos genera inseguridad y afecta ostensiblemente la planificación probatoria de los intervinientes en el proceso.

Para poder aclarar estas tensiones, es necesaria una profundización teórica respecto de los efectos que las mencionadas normas generan sobre los agentes procesales. En particular, estas normas podrían implicar presumir hechos, aplicar las reglas de la carga de la prueba y efectuar inferencias probatorias tanto a partir de indicios genéricos como de aquellos derivados de la conducta procesal de las partes; sin embargo, ello no se desprende con total claridad de su redacción. Por ello, a manera de esclarecimiento, cada uno de estos efectos será críticamente abordado en lo sucesivo.

3. SOBRE LAS PRESUNCIONES

3.1. Aproximación conceptual

El término *presunciones* puede abarcar diversas acepciones. En el lenguaje común, pueden aludir a rasgos de carácter, como la vanidad, o a una actitud altanera o carente de humildad. En el ámbito jurídico-probatorio, en cambio, suele emplearse para designar la aceptación de una conclusión alcanzada a partir de indicios (actividad), o bien la inferencia misma que constituye dicho resultado (efecto). También se asocia tanto con los razonamientos jurídicos que permiten construir la presunción (actividad) como con la conclusión que estos generan (resultado-efecto), entre otros significados afines posibles (Dei Vecchi, 2025, p. 23).

No obstante, a efectos del presente trabajo, resulta necesario conceptualizar las presunciones como un tipo de razonamiento que permite fijar la existencia de un hecho desconocido y no probado (*factum probandum*) sobre la base de un indicio conocido y probado (*factum probans*) (Taruffo, 1974, p. 83). Así, según Ferrer Beltrán (2005, pp. 90-94) y Mendonça (1998, pp. 85-87), presumir un hecho supone aceptar (como actitud proposicional) que determinada proposición fáctica es verdadera basándose en razones que permiten indicar la verdad o la falsedad de tales proposiciones; es decir, en razones epistémicas, que son las que están directamente vinculadas a las pruebas (Dei Vecchi, 2019, p. 3).

Este tipo de razonamientos contiene una estructura particular que puede ser disgregada de forma esclarecedora bajo lo propuesto por Toulmin (2003) respecto de la estructura de los argumentos (pp. 87-100). En esa línea, los argumentos, en general, pretenden soportar una pretensión (*claim*) sobre la base de ciertas razones (*grounds*), las cuales deben estar debidamente conectadas con la pretensión, por lo que requieren una garantía (*warrant*) que actúe como enlace entre ambas y asegure la capacidad justificativa de estas razones.

Esta garantía será una regla que valida el tránsito lógico entre las razones y la pretensión; y, esta regla de garantía está a su vez sostenida por un respaldo (*backing*), el cual puede validarla según el cariz argumentativo en que se vea implicada la garantía. Por ejemplo, cuando la garantía sea una premisa del razonamiento que esté constituida por un enunciado respaldado inductivamente (como una máxima de la experiencia), el respaldo se basará en la observación del mundo. En cambio, cuando la garantía sea una norma presuntiva empleada como premisa mayor del razonamiento, el respaldo estará constituido por todas las razones subyacentes que justifican la existencia de dicha norma presuntiva (Dei Vecchi, 2019, pp. 4-6).

Así, por ejemplo, puede construirse una presunción como la siguiente:

- Pretensión: Existe un contrato de trabajo a plazo indeterminado entre X e Y.
- Razones: Está probada la existencia de una prestación personal de servicios de X en favor de Y.
- Garantía: Acreditada la prestación personal de servicios, resulta obligatorio presumir la existencia de una relación laboral sujeta a contrato de trabajo a plazo indeterminado, salvo prueba en contrario.
- Respaldo: El artículo 23.2 de la NLPT dispone que, acreditada la prestación personal de servicios, se presume la existencia de vínculo laboral a plazo indeterminado, salvo prueba en contrario. Además, el artículo 4 del Texto Único Ordenado del Decreto Legislativo n.º 728 establece que en toda prestación personal de servicios remunerados y subordinados se presume la existencia de un contrato de trabajo a plazo indeterminado. Estas disposiciones normativas se justifican en la primacía de la realidad, cuya razón jurídica sustantiva es la protección del trabajador frente a la simulación o la desnaturalización de las relaciones laborales.

Una vez revisada la estructura típica de los razonamientos presuntivos es importante recalcar que existen diversos tipos de presunciones en el derecho (Ferrer Beltrán, 2022, p. 413; Gama Leyva, 2013, p. 83), que pueden diferenciarse según distintos criterios. Por ejemplo, según esté permitida o no la derrotabilidad de la pretensión (*claim*), suele distinguirse entre presunciones *iuris tantum* e *iuris et de iure*.

Sin embargo, para lo que aquí es importante, puede diferenciarse a las presunciones según su tipo de respaldo (*backing*). Así, como se enunció antes, es posible que algunas presunciones garanticen un enunciado respaldado en una inducción (como una generalización empírica o una máxima de experiencia), mientras que otras cuenten con una garantía constituida por una norma de presunción como

premisa mayor del razonamiento y están respaldadas por las razones que subyacen tal norma presuntiva. Esta diferencia no refleja más que la clásica distinción entre las presunciones legales y las llamadas presunciones judiciales o presunciones *hominis*. Rivera Morales (2025, pp. 62-65) ha teorizado sobre las diferencias que existen entre estos dos tipos de presunciones y enfatiza en algunas distinciones específicas¹:

- Según su creación, las presunciones legales son creadas por el legislador y crean una obligación al juzgador de aceptar como probado el hecho establecido en la norma presuntiva; mientras que las presunciones judiciales son construidas por el propio juez a partir de los indicios del caso.
- Según sus efectos, las presunciones legales poseen un efecto general, dado que su existencia deriva de una norma aplicable a todos sus destinatarios, mientras que las presunciones judiciales solo operan en el caso particular.
- Según la naturaleza de la conclusión que generan, las presunciones legales imponen al juez la obligación de tener por acreditado el hecho presunto cuando se demuestren los hechos base (*grounds*) establecidos por la norma. En cambio, las conclusiones de las presunciones judiciales son construidas discrecionalmente por el juez, quien debe justificarlas a partir de la información disponible en el caso concreto.

Sin perjuicio de estos apuntes respecto de sus diferenciaciones, un sector bastante relevante de la doctrina ha concluido directamente que las llamadas presunciones judiciales no son exactamente presunciones. Estas, más bien, guardan identidad con las simples inferencias probatorias (Ferrer Beltrán, 2022, p. 424; Dei Vecchi, 2019, pp. 3-4;

¹ Adicionalmente, el autor se refiere a dos tipos más de categorías para diferenciar las presunciones legales de las judiciales, vinculadas específicamente con la relación que tiene cada una con el hecho que se tiene por probado y con el impacto que ostenta cada tipo de presunción respecto de la carga probatoria.

Gascón Abellán, 2010, pp.135-136; Taruffo, 2002, pp. 470-489; Nieva Fenoll, 2022, p. 202) elaboradas por los jueces para pasar de un hecho conocido y probado a otro desconocido, pero a partir de razones epistémicas (basadas en la información disponible). Así, no se trata de reglas que obligan a los jueces a determinar la existencia de determinado hecho, sino que son inferencias en primera persona que incorporan los jueces en su razonamiento. En ese sentido, Ferrer Beltrán (2022) ha afirmado lo siguiente:

[...] es tremendamente confundente llamar *presunción* a lo que es, en realidad, una inferencia probatoria; induce a error denominar *hecho presumido* a la conclusión de una inferencia probatoria, es decir, a un enunciado sobre los hechos que resulta probado por efecto de esa inferencia; oscurece más que aclara denominar *razonamiento presuntivo* al razonamiento probatorio; supone, seguramente, no haber percibido que todo el razonamiento empírico es inductivo, en cualquier área del conocimiento, de modo que si a ese tipo de inferencias las denominamos *presunciones* deberemos concluir que todo el razonamiento científico es presuntivo y buena parte también del que realizamos en nuestra vida ordinaria. Pero una categoría que sirve para tantas cosas temo que no sirva realmente para nada. (p. 424)

Esta precisión conceptual y la asimilación de las llamadas presunciones judiciales a las simples inferencias probatorias —aunque por razones ajenas a la estructura del razonamiento haya quien las distingue, como Aguiló Regla² (2017, pp. 105-109)— permite realizar

² Aguiló propone que las presunciones *hominis* se distinguen de las inferencias probatorias respecto de la fuerza que los indicios prestan a la conclusión. Según su postura, decir que una conclusión sea *presumible* no es lo mismo que decir que sea solamente *probable*. Cuando algo es *presumible* significa que, a falta de nueva de información, la prueba de ciertos hechos, bases o indicios es suficiente para que también se tenga por probada la conclusión o el hecho presunto. A esto, Taruffo (2002) respondería directamente que existen indicios cuya prueba, ciertamente, no es suficiente para también tener por probada una conclusión probatoria. Pero existen otros indicios, cuya eficacia probatoria resulta muy considerable, porque constituye una inferencia unívoca y razonable, que goza de suficiente credibilidad y aceptabilidad, caso no aislado en el que asumir la identidad estructural entre las inferencias probatorias y las presunciones *hominis* es correcto.

un apunte pertinente para los efectos de este trabajo respecto a cómo estas deben construirse y respaldarse³.

Por un lado, las presunciones legales cuentan con un respaldo normativo y su garantía está conformada por una norma presuntiva que obliga a presumir la conclusión de si se prueban los hechos base. En ese sentido, dado que el respaldo es dado por una norma jurídica, esta no necesariamente debe verificar una vinculación epistémica entre los hechos base y la conclusión, puesto que las normas jurídicas podrían perfectamente fijar esta vinculación por razones de conveniencia. Este es el caso de la presunción de conmorienencia, regulada en el artículo 62 del Código Civil peruano, que establece que «Si no se puede probar cuál de dos o más personas murió primero, se las reputa muertas al mismo tiempo y entre ellas no hay transmisión de derechos hereditarios».

Como se aprecia, la norma invita a presumir que dos personas han fallecido al mismo tiempo cuando no se pueda determinar si alguna de las dos murió primero, al menos para efectos sucesorios. Esto es así no porque tal hipótesis sea la más probable, sino porque es, de hecho, lo más conveniente; de otro modo, resultaría irresoluble el problema sucesorio que se derivaría. Esta disposición normativa pretende evitar perjuicios generados por la imposibilidad probatoria de fijar un orden cierto de fallecimiento más que arribar a una conclusión justificada epistémicamente.

³ Así como también hay quienes siguen asumiendo la existencia de las presunciones judiciales como si fueran distintas de las inferencias probatorias, aun cuando estructuralmente son lo mismo. Así, Toyama Miyagusuku y Vinatea Recoba (2025, pp.168-173) definen a estas *presunciones* como aquellas en las que «[...] no existe un mandato legal que predetermine una consecuencia jurídica ante una situación de hecho. De este modo, es el juez quien, al valorar los indicios, por sus máximas de experiencia, puede dar por cierto un determinado hecho». Además, cuando se refieren específicamente al artículo 23.5 de la NLPT, señalan que el juez puede (cuando la norma expresamente dice *debe*) amparar lo reclamado si encuentra indicios razonables que permitan presumir los hechos lesivos, pudiendo el demandado probar en contra. Muy aparte de mantener la diferenciación entre presunción judicial e inferencia probatoria, el planteamiento incurre en el siguiente error: las presunciones no determinan «consecuencias jurídicas» tras la prueba de un hecho. Las presunciones, más bien, obligan a aceptar como cierta la existencia de otro hecho (es una determinación fáctica), lo cual no tiene nada de jurídico, a excepción de generarse una obligación al juez que lo somete a esta aceptación.

Por otro lado, afirmar esto mismo respecto de las inferencias probatorias –las mal llamadas *presunciones judiciales*– es imposible. Ello es así porque su respaldo está constituido por la observación del mundo y las garantías que sostienen el razonamiento de las inferencias probatorias deben necesariamente conectar los indicios con la pretensión a partir de razones epistémicas. Esto quiere decir que las razones por las que la conclusión de una inferencia probatoria es válida solo pueden estar vinculadas a la información disponible, así como a la validez epistémica de la garantía que conecta los hechos base con esta conclusión.

Aquí, como no puede ser de otra manera, los jueces son quienes estiman que determinados hechos base están epistémicamente conectados con las conclusiones probatorias a las que arriban en sus razonamientos, pero esta conexión debe estar debidamente validada, empleando para ello generalizaciones (garantías, que pueden ser máximas de experiencia, por ejemplo), empíricamente respaldadas en una observación del mundo correcta, no espuria, lo más universal posible⁴. En contrapartida, los jueces no pueden conectar hechos por simple conveniencia, pues se ven comprometidos diversos derechos procesales, como el derecho fundamental al contradictorio, al recurso y a la defensa de aquellos quienes sean destinatarios de las decisiones judiciales, asimismo, también están involucradas cuestiones vinculadas a la legitimidad de las referidas decisiones.

⁴ Por su naturaleza, las máximas de experiencia son reglas que los jueces utilizan en el momento de la valoración de la prueba. Estas expresan enunciados fácticos descriptivos y condicionales, si se les observa desde su contenido lingüístico. La generalización condicional expresada por este tipo de enunciados afirma la existencia de una conexión verificable empíricamente entre un antecedente (hecho base) y un consecuente (conclusión probatoria). De esta manera, una máxima experiencia será verdadera siempre que la asociación entre su antecedente y su consecuente sea suficientemente aceptable (es decir, no espuria, con un grado de universalidad relevante). No son solo un *stock of knowledge*, como diría Taruffo (2009, pp. 552-556), constituido por información relativamente fundamentada, anécdotas, memorias, estereotipos o prejuicios conformadores del «sentido común» o la «cultura media», sino que son reglas que permiten la determinación de los hechos relevantes en un litigio, los cuales tienen un grado de probabilidad de ocurrencia con un margen de error tolerable, por lo tanto, se les puede entender como regla.

Ahora, tras esta acotada profundización conceptual acerca de las presunciones, corresponde analizar qué es lo que la NLPT ha incorporado en el artículo 23.5.

3.2. ¿Qué significa que el juez debe dar por cierto el hecho lesivo alegado cuando haya indicios que permitan presumir su existencia, según el artículo 23.5 de la NLPT?

En forma totalmente descriptiva y literal, se puede afirmar que el artículo 23.5 parece haber establecido una obligación dirigida al juez de dar por ciertos aquellos hechos lesivos que se aleguen, siempre que haya indicios que permitan presumir su existencia. Sin embargo, tras el análisis previo, parece que esto no es del todo cierto.

La disposición normativa referida precisa que los jueces determinarán qué indicios son los que permiten presumir la existencia del hecho lesivo alegado. Este gran margen de discrecionalidad otorgado para determinar qué indicios son suficientes no solo parece vaciar el carácter obligatorio que la disposición consagra cuando dispone que el juez debe dar por ciertos tales hechos lesivos, sino que describe exactamente cómo los jueces actúan cuando emplean inferencias probatorias en sus razonamientos. Así, parece que no hay obligación alguna y que tampoco hay presunción que deba ser aplicada, sino, más bien, discrecionalidad en la selección de indicios suficientes y la indicación de efectuar las inferencias probatorias que regularmente se realizan para la determinación de los hechos probados.

Sin perjuicio de lo apuntado, siguiendo la base conceptual descrita en la sección anterior, en tanto se trata de inferencias probatorias, los indicios que los jueces seleccionen o estimen como suficientes deberán serlo sobre la base de razones epistémicas: estos tendrán que conectarse con la conclusión probatoria de la existencia del hecho lesivo a partir de una garantía o un enlace empíricamente verificable. No basta con meras conjeturas, impresiones, o afirmaciones de carácter experiencial

para justificar el uso de determinado enlace, ya que su universalidad no depende de los asuntos que el juez haya podido resolver y enfrentar a lo largo de su carrera, sino de los datos empíricos del mundo sobre la realidad de aquella materia discutida en el proceso concreto⁵.

Y, no menos importante, la motivación de la decisión debería precisar explícitamente cuál ha sido el respaldo empírico que se ha considerado para justificar la conclusión probatoria a la que se haya arribado, pues solo así se garantizarían los derechos impugnatorios a la debida motivación de resoluciones judiciales, entre otros. Sobre el específico aspecto de la motivación de estas decisiones y su importancia, pero muy vinculado a lo que se pretende decir en este punto, Nieva Fenoll (2022, p. 204) ha acertado al afirmar lo siguiente: «La regla de oro sería que lo que no se puede motivar no existe. Es decir, que los puntos sobre los que el juez no pueda dar una razón de su convicción, deberán ser ignorados. [...] El juez debe excluir la intuición, porque no es motivable».

3.3. Aspectos problemáticos y riesgos de esta «presunción»

Uno de los principales riesgos de la disposición normativa del artículo 23.5 de la NLPT radica en la ausencia de criterios que orienten al juzgador respecto de cuándo debe fijar que ciertos indicios pueden considerarse suficientes para inferir la existencia de hechos lesivos,

⁵ Una cosa es el conocimiento empírico, el cual está basado en estudios metodológicamente practicados que permite extraer conclusiones (más o menos sólidas según la calidad del estudio) a partir del análisis de un determinado número de casos similares dentro del mismo grupo de referencia, utilizando razonamientos inductivos; otro asunto muy distinto es el conocimiento experiencial, que está basado en los singulares y particulares casos que una persona, en su experiencia, haya podido conocer, de los que no es posible extraer conclusiones igual de sólidas e intersubjetivamente controlables que en los estudios empíricos sobre la realidad. Así, por ejemplo, un estudio empírico de los cuervos ha determinado que existe una población de 100 000 cuervos en Lima Metropolitana, de los cuales se ha examinado una muestra de 75 000, en el que se ha verificado que el 96 % de los cuervos estudiados presentan una curvatura particular en el pico. Esto es radicalmente distinto a decir que una persona, a lo largo de su vida, ha observado muchos cuervos y que en varios observó una curvatura distinta en su pico. Respecto de la calidad de las generalizaciones empíricas que el juez debería emplear en su razonamiento fáctico, véase Schauer, 2006, pp. 7-10; Limardo, 2021, pp. 133-149.

especialmente, cuando no existen medios probatorios específicos dirigidos a probar directamente estos hechos. Adicionalmente, la norma tampoco establece con precisión cuáles son los criterios de valoración y de suficiencia probatoria de los indicios como para construir adecuada y racionalmente este tipo de inferencias.

Sobre el primer problema, ocurre frecuentemente que, a lo largo del proceso, una de las partes advierte que no se han aportado pruebas suficientes respecto del hecho lesivo que sustenta su pretensión. Esto puede llevarla a confiar razonablemente en que tal hecho no será tenido por probado al final del proceso.

No obstante, suele ocurrir que esta legítima expectativa se ve frustrada por decisiones judiciales «sorpresa»: el juez podría introducir en la sentencia inferencias probatorias que no fueron anticipadas por las partes, incluso basándose, por ejemplo, en conductas procesales consideradas como indicios suficientes que, desde la perspectiva de la parte afectada con la decisión, carecían de cualquier relevancia probatoria. En estos casos, la parte afectada se habrá visto impedida de formular una estrategia defensiva adecuada y solo contará con las impugnaciones que queden disponibles en la etapa procesal en que se encuentre, lo que supone una defensa limitada a alegaciones sin posibilidades de defenderse probatoriamente.

Pese a que se ha sostenido que este artículo en verdad se refiere a las inferencias probatorias ordinarias que permiten tener por probados determinados hechos que su redacción literal incluya el término *presunción*, podría generar *confusión* conceptual y práctica. Particularmente, se podría asumir que estas mal llamadas *presunciones* están exentas de una mínima justificación empírica que valide el tránsito inferencial que implican, precisamente, por estar *disfrazadas* bajo este rótulo.

El segundo problema se encuentra directamente asociado a la valoración que los jueces realizan de aquellos indicios o de la

información disponible tras la actuación de la prueba. Sobre este punto, la NLPT indica expresamente, en el artículo 31, que el juez debe recoger los fundamentos de hecho y de derecho que resulten esenciales para motivar la decisión.

Además de esta genérica referencia a cómo deben valorarse las pruebas y luego decidir sobre los hechos, podría apelarse a que la NLPT remite al Código Procesal Civil —en adelante, CPC— como norma de aplicación supletoria (Primera Disposición Complementaria), donde los artículos 188 y 197 añadirían que los medios probatorios cumplen la genérica función de «producir certeza en el juez» y que el juez los valorará a partir de una «apreciación razonada», para luego utilizar «solo las valoraciones esenciales y determinantes» en la motivación de la sentencia. Pero las citadas disposiciones también contienen formulaciones amplias que no aportan criterios normativos concretos para resolver las tensiones que plantea la NLPT, de modo que la remisión al CPC no resulta especialmente útil para llenar los vacíos interpretativos ni orienta con claridad la actividad probatoria aplicable en sede laboral.

Al margen de lo establecido por la norma, en la dogmática procesal vinculada a la valoración de la prueba, existe desde hace mucho la extensa discusión de lo que significa la apreciación razonada, la sana crítica, el *prudente apprezzamento*, la libre apreciación, la sana crítica racional, entre muchas otras formas de llamar al criterio según el que los jueces deben valorar la prueba.

Tal como apunta González Lagier (2022), toda esta serie de etiquetas resultan sumamente vagas y muy difíciles de concretar, por lo que propone asociar a la sana crítica con las pautas de racionalidad epistemológica que se utilizan para justificar las inducciones científicas. En ese sentido, las inferencias probatorias serán tanto más sólidas cuantos más criterios de solidez cumplan —criterios análogos a los

aplicados en las ciencias naturales— además, si cumplen con estos criterios en mayor o menor grado⁶ (pp. 70-80).

Además, los criterios señalados se condicen exactamente con los elementos de las inferencias probatorias (*grounds, claim y warrant*), por lo que parecen ser bastante adecuados. Finalmente, lo señalado es también validado por Ferrer Beltrán (2007), quien precisa que, en tanto existe libertad para valorar la prueba, no existen reglas jurídicas que limiten esta valoración, por lo que «[...] la operación de valorar [...] no difiere en nada de la que ya se puede realizar en cualquier otro ámbito de la experiencia y está sometida a los controles de la racionalidad general» (p. 46).

Aunque esta no es la oportunidad de precisar mayores detalles al respecto, podría decirse que aparte de la vaguedad respecto de la valoración probatoria, la NLPT tampoco establece expresamente cuál es el estándar probatorio que resulta aplicable a las decisiones fácticas en las distintas etapas del proceso laboral, incluida la etapa de juzgamiento⁷.

Esto resulta clave respecto del problema que plantea el artículo 23.5 de la NLPT, porque es justamente en la suficiencia de los indicios donde recae el principal enigma, máxime si el juez, como se ha pretendido demostrar, se encuentra desprovisto de criterios claros de valoración y decisión.

⁶ Los criterios de solidez de las inferencias se sintetizan en preguntas sobre cada uno de sus elementos. Respecto a los indicios o *grounds*: ¿son fiables?, ¿son suficientes?, ¿son variados?, ¿son pertinentes? Acerca de la garantía o *warrant*: ¿está suficientemente fundada?, ¿establece un grado de probabilidad causal suficiente? En cuanto a la hipótesis, conclusión probatoria o *claim*: ¿ha sido refutada?, ¿se han podido confirmar las hipótesis derivadas?, ¿se han eliminado todas las hipótesis alternativas?, ¿es coherente?, ¿es simple? Estos criterios, aplicados a las inferencias probatorias, servirían a los jueces no solo como una guía para la valoración probatoria, sino también para justificar la motivación que deberán explicitar en sus decisiones. Una versión parecida de estos criterios, pero con mayores explicaciones, se halla en Taruffo (2002, pp. 422-427) o en Gascón Abellán (2010, pp. 158-167).

⁷ Supletoriamente, es posible afirmar que el proceso laboral sigue el mismo estándar de suficiencia probatoria que el proceso civil en la etapa de juzgamiento. Específicamente, el extendido y conocido estándar de la preponderancia de la prueba podría ser aplicable. Sin embargo, incluso con ello, el concepto sigue siendo difuso, pues la doctrina especializada advierte que existen diversas formas de entender el estándar probatorio, las cuales difieren entre sí en su grado de exigencia (Ferrer Beltrán, 2025, pp. 229-240).

4. SOBRE LA CARGA DE LA PRUEBA

4.1. Aproximación conceptual

La carga de la prueba es una institución probatoria cuyas reglas presentan dos dimensiones doctrinalmente aceptadas por la doctrina (Rosenberg, 2002, pp. 27-47; Montero Aroca, 2005, pp. 112-114; Devis Echandía, 1981, pp. 424-430; Ferrer Beltrán, 2019, pp. 56-68; Ramos, 2020, pp. 54-57, entre otros).

Por un lado, la carga de la prueba supone una regla dirigida a los jueces que les indica cómo deben resolver la controversia cuando no existan pruebas suficientes para determinar si los hechos que han sido discutidos en el litigio han sido probados, permitiéndole cumplir con su deber de resolver los asuntos sometidos a su conocimiento y no caer en la prohibición del *non liquet* (Devis Echandía, 1981, p. 424). Aquí la carga de la prueba operará como una regla de juicio que responderá a la pregunta *¿quién pierde cuando no hay prueba suficiente?* A este aspecto de la carga de la prueba se le asocia con su *dimensión objetiva*, pues brinda una salida clara que distribuye el riesgo probatorio entre las partes, y determina quién pierde cuando no ha sido superado el estándar de prueba correspondiente (Ferrer, 2019, p. 57).

La NLPT no regula directamente la regla de carga de la prueba en su dimensión objetiva; no obstante, cabe remitirse al artículo 200 del CPC, aplicable con carácter supletorio, el cual establece que «Si la parte no acredita con medios probatorios los hechos que ha afirmado en su demanda o reconvención, estos no se tendrán por verdaderos y su demanda será declarada infundada». Como se puede apreciar, la norma procesal ha establecido quién pierde el proceso ante la insuficiencia probatoria.

Del otro lado, la carga de la prueba también supone un estímulo de conducta dirigido hacia las partes, que tiene como finalidad que estas aporten pruebas al proceso, con el fin de que el juez cuente con el

acervo probatorio más completo posible al momento de decidir. Este estímulo surgiría directamente por influencia de la carga probatoria en sentido objetivo, pues las partes, incentivadas por no perder el litigio, deberían estar interesadas en aportar aquellos medios probatorios que permitan acreditar sus pretensiones. Aquí, la pregunta clave es *cuál de las partes debe aportar la prueba al litigio*. Lo mismo, pero planteado en otros términos implica que la regla de carga de la prueba en sentido subjetivo les informa a las partes que podrán perder el litigio en caso no aporten al proceso las pruebas suficientes respecto de sus alegaciones, razón por la que esta regla podrá fungir como una especie de regla de instrucción a lo largo de toda la actividad probatoria.

Al respecto, Rosenberg (2002) directamente señala que, si la incertidumbre sobre un hecho en un litigio puede significar perderlo, entonces la parte que se vea perjudicada tiene todos los incentivos de esforzarse para aclarar la situación de hecho dudosa y de esta manera buscará evitar este resultado desfavorable (pp. 31-32). A esta segunda dimensión de las reglas de la carga de la prueba se les conoce doctrinalmente como la *dimensión subjetiva* (Ramos, 2020, pp. 55-56).

En la NLPT, la regla de carga de la prueba en su dimensión subjetiva se encuentra regulada en el artículo 23.1, que establece que la carga de la prueba «[...] le corresponde a quien afirma hechos que configuran su pretensión, o a quien los contradice alegando nuevos hechos [...]».

A mayor profundidad, es interesante apreciar que la regulación relativa a la institución de la carga de la prueba solo resulta aplicable cuando no existen medios probatorios sobre alguno o algunos de los hechos controvertidos en un litigio, por lo que su aplicación no es de carácter necesario, sino solo suplementario o contingente (Priori Posada y Pérez-Prieto de las Casas, 2012, p. 337). Esta regulación, al menos en el caso ideal, pretende colocar la carga de la prueba sobre

quien usualmente se esperaría que disponga de la prueba y tenga el mayor interés en probar determinado hecho.

Sin embargo, es común en la doctrina actual que, en múltiples ocasiones, estas reglas generales de carga probatoria fallen. Existen muchas oportunidades y el proceso del trabajo es un gran ejemplo de esto, donde la disponibilidad probatoria no la tiene la parte sobre la que recae la carga. Aquí es que han surgido las nociones de carga estática y carga dinámica de la prueba, así como la distinción entre reglas generales y reglas específicas sobre la carga probatoria, principalmente para considerar medidas normativas y jurisdiccionales que equilibren la balanza probatoria en los litigios con disponibilidad probatoria *distorsionada*.

Este tipo de medidas, que buscan equiparar la balanza probatoria entre partes —en muchas oportunidades— desiguales, estarían justificadas siempre que se acepte que en los litigios se requiere contar con el conjunto de elementos de juicio relevantes más rico y completo posible, pues solo así podrá adoptarse una decisión sobre los hechos tendencialmente correcta; es decir, con mayor probabilidad de acierto (Ferrer Beltrán, 2019, p. 55), dándole la razón a quien la tiene.

Y, con independencia de la corrección o la incorrección de las medidas de inversión y dinamización de la carga de la prueba, así como de sus respectivas críticas (Ferrer Beltrán, 2019; Taruffo, 2019; Nieva Fenoll, 2019, pp. 45-48; entre otros), se requiere claridad conceptual sobre los conceptos asociados a esta institución probatoria:

- *Reglas generales y específicas sobre la carga de la prueba.* Como se describió previamente, existen reglas generales de la carga de la prueba (en sus dimensiones objetiva y subjetiva, como las señaladas en los artículos 200 del CPC y 23.1 de la NLPT). Sin embargo, por otro lado, también existen reglas específicas que distribuyen de manera previa la carga de la prueba entre los intervinientes de un litigio, tal como se plantea en los artículos 23.2, 23.3 y 23.4 de la

NLPT, al establecer quién tiene la carga de probar determinados hechos en el proceso del trabajo, asignando cargas diferenciadas específicas entre empleadores y trabajadores.

- *Carga estática y carga dinámica de la prueba.* La carga estática de la prueba está constituida, específicamente, por reglas abstractas previas al litigio, que predeterminan quién pierde el proceso ante la insuficiencia probatoria (en sentido objetivo), así como sobre quién recae la carga de la prueba de determinados hechos (en sentido subjetivo). Por el contrario, la carga dinámica de la prueba presupone una variación o alteración de las reglas abstractas y previas, generando nuevas reglas aplicables únicamente en el proceso concreto y formuladas durante su desarrollo. Así, mientras que las reglas estáticas sobre la carga probatoria son creadas por el legislador, las reglas dinámicas serán fijadas, en el caso concreto, por el juez, quien determinará sobre quién recae la carga según la disponibilidad probatoria (como medida de equilibrio probatorio entre partes posiblemente desiguales).

4.2. ¿Los artículos 23.5 y 29 de la NLPT establecen algún tipo de regla vinculada a la carga probatoria?

En la última parte de la sección anterior se especificó que determinadas medidas que se adoptan acerca de la carga probatoria son capaces de actuar como herramientas que permitan equiparar el desbalance probatorio que muchas veces existe en los litigios. Específicamente, se piensa en aquellos casos en los que la regla general de la carga probatoria —según la que el demandante perderá el litigio si no aporta pruebas que fundamenten su pretensión y que el demandado perderá en caso no aporte pruebas que sustenten los hechos impositivos— no ha funcionado adecuadamente. Se trata de supuestos en los que la parte sobre la que recae la carga de la prueba no dispone del material

probatorio necesario, por lo que se recurre a alguna medida destinada a restablecer el equilibrio probatorio.

Así, para iniciar, puede afirmarse, siguiendo a Priori Posada y Pérez-Prieto de las Casas (2012, p. 345), aunque por razones diversas⁸, que el artículo 23.5 no tiene ninguna relación con el instituto de la carga de la prueba. Aquí podría interpretarse erróneamente que, como la norma establece de manera literal una presunción, se está generando una especie de inversión o dinamización de la carga probatoria, máxime si el artículo en referencia se titula «Carga de la prueba».

Sin embargo, tal como se ha sostenido en secciones previas de este trabajo, a nivel conceptual lo que se ha regulado en este artículo no es una presunción, sino directamente lo que los jueces ordinariamente llevan a cabo para tener por acreditados determinados hechos: una inferencia probatoria, sin más. Por lo tanto, no se vincula a la institución de la carga de la prueba ni con alguna de las modalidades mediante las cuales esta puede emplearse para equiparar la balanza probatoria en un litigio laboral.

Ahora bien, respecto a lo señalado en el artículo 29 de la NLPT es necesario precisar una respuesta a la pregunta planteada en el título de esta sección. El primer punto por analizar con respecto al artículo 29 es que ha sido titulado por el legislador como «Presunciones legales derivadas de la conducta de las partes», y seguidamente señala que el juez tiene el poder o la facultad de extraer conclusiones en contra de los intereses de las partes según su conducta procesal, especialmente cuando se obstaculice la actividad probatoria.

Sobre este particular, es importante precisar que las presunciones legales, tal como las entiende la doctrina (por todos, Aguiló Regla,

⁸ Los autores indican que en este artículo lo que existe es una presunción judicial en la que habrá indicios que permitan presumir la existencia de cierto hecho, con posibilidad de probar en contra de dicha presunción. Esto, como se explicará en el texto principal, se da porque se trata de inferencias probatorias, las que no invierten la carga de la prueba ni generan reglas específicas al respecto.

2017, p. 214), establecen una distribución particular sobre la carga de la prueba, pues alteran la regla general. Esto podría llevar a creer que el artículo 29 se vincula con la institución de la carga de la prueba, pues, según su título, consagraría presunciones legales derivadas de la conducta procesal.

No obstante, basta con prestar atención mínimamente al contenido de la disposición para verificar que el título del artículo no se condice con lo que regula. En el artículo 29 de la NLPT no se regula ninguna presunción legal: textualmente se está estableciendo que el juez, a su discreción, puede formular inferencias probatorias que consideren como indicio la conducta procesal de las partes para arribar a conclusiones probatorias que resulten contrarias a sus intereses⁹; y, se trata de discrecionalidad, pues el juez será quien determine, en el caso concreto, qué conductas son obstaculizadoras a nivel probatorio y qué conductas no lo son.

Nuevamente, aquí resulta aplicable todo lo señalado previamente respecto de las inferencias probatorias: si los jueces van a utilizar la

⁹ Aunque, con una apreciación diferente, Toyama Miyagusuku y Vinatea Recoba (2025, pp. 184-185) sostienen que el artículo 29 de la NLPT regula presunciones contra la conducta de los participantes del proceso, basadas en el principio de veracidad, que serían establecidas como sanciones a las conductas obstaculizadoras. En relación con ello, dada la explicación del presente trabajo, es claro que no son presunciones, sino inferencias probatorias; sin embargo, resulta discutible si se trata o no de sanciones, máxime si las sanciones procesales, como el resto de las sanciones en otros ámbitos del derecho, cuentan con algunos parámetros mínimos. Las sanciones, en principio, se establecen de manera previa a la ejecución de la conducta que se sancionará, detallan con exactitud qué implica dicha conducta antijurídica y fijan con precisión cuál es la medida aflictivo-sancionatoria que se impondrá ante la su realización, pues esta es la forma en la que realmente es posible desincentivar conductas no deseables por el ordenamiento. En ese sentido, podrían observarse los artículos III del Título Preliminar, 11.b, 15 y 24 de la NLPT, en los que se precisa que el juez tiene la potestad de sancionar las faltas al deber de veracidad (como lo es ejecutar una conducta procesal obstaculizadora); pero, al menos en la NLPT, como sanción solo se establece detalladamente la posibilidad de imponer multas (artículo 15). Adicionalmente, por aplicación supletoria, el CPC cuenta con un catálogo de sanciones un poco más amplio, específicamente, en los artículos 52 y 53, pero en ninguna de las disposiciones referidas se precisa la posibilidad de sancionar «presumiendo» un hecho por determinar dentro del mismo proceso que variará caso a caso. En esa línea, no parece que el artículo 29 de la NLPT fije sanción alguna (o al menos no adecuadamente), pues la conducta que se tomará como obstaculizadora será determinada por el juez después de su ejecución y la sanción será concluir que un hecho, indeterminado hasta la sentencia, está probado.

conducta procesal de una parte como un indicio suficiente o hecho base para arribar a una conclusión probatoria contraria a los intereses de esta parte procesal, entonces tendrá que hacerlo justificando cómo resulta correcta la inferencia que está planteando sobre la conducta obstaculizadora, validando empíricamente el enlace que emplee para arribar a determinadas conclusiones probatorias. Hasta aquí el análisis de las disposiciones normativas y sus críticas.

Tras esta introductoria aproximación conceptual y las críticas que se han realizado respecto de los artículos 23.5 y 29 de la NLPT puede decirse, algo irónicamente, que el primero no se refiere a carga de la prueba y que el segundo no trata sobre presunciones. Sin embargo, más allá de cómo podría volverse más precisa la redacción de la norma procesal, es necesario pensar, entonces, cómo es que puede atenderse de manera efectiva y, sobre todo, sistemáticamente coherente al desequilibrio probatorio en el proceso laboral, pues las medidas implementadas en los artículos 23.5 y 29 de la NLPT parecen no ser eficaces.

Esta realidad inevitable entre trabajadores y empleadores requiere, en función del rol protagónico del juez y el deber de veracidad, alternativas que resulten realmente efectivas. En virtud de esto, en la siguiente sección se plantearán algunas reflexiones sobre cuáles son los verdaderos incentivos de las partes de aportar el material probatorio relevante para resolver las controversias laborales, así como qué alternativas coherentes podrían adoptarse para alcanzar el acervo probatorio más rico y completo posible, que permita tomar decisiones más acertadas y, en definitiva, mejor justificadas.

5. REFLEXIONES Y PROPUESTAS CRÍTICAS: ¿LAS MEDIDAS DE EQUILIBRIO PROBATORIO DE LA NLPT ANALIZADAS SON FUNCIONALES?

El análisis previo ha evidenciado que los artículos 23.5 y 29 no constituyen mecanismos eficaces de equilibrio probatorio. Antes bien, configuran una ambigüedad normativa que, bajo la apariencia de «presunciones» o «cargas probatorias», en realidad introducen mecanismos de inferencia probatoria carentes de reglas claras sobre su aplicación, alcance y justificación. Esto es especialmente problemático si se considera que la NLPT no establece de forma expresa cuál es el estándar probatorio aplicable a las decisiones fácticas ni regula criterios mínimos para determinar la suficiencia de los indicios que justificarían estas inferencias. Así, se genera un marco normativo que podría desincentivar el cumplimiento diligente de las funciones probatorias de las partes procesales.

Como bien ha sostenido Rosenberg (2002, pp. 31-32), la función esencial de la carga de la prueba en su dimensión subjetiva radica en generar incentivos con el fin de que las partes aporten todos los elementos necesarios que permitan esclarecer los hechos controvertidos. Sin embargo, este objetivo se frustra cuando las normas procesales, como ocurre con los citados artículos, no ofrecen claridad suficiente sobre cuándo se activan sus consecuencias o, como ocurre en este caso, que sus consecuencias no parecen ser especialmente graves. La consecuencia de esta configuración normativa ambigua es doblemente perjudicial: por un lado, se debilita el incentivo procesal para colaborar con la formación del acervo probatorio y, por otro, se incrementa la discrecionalidad judicial sin control epistémico, lo que puede comprometer las garantías del debido proceso.

Y es que existe una realidad inevitable: las partes siempre van a desear vencer en los litigios y no necesariamente dirigirán sus esfuerzos probatorios hacia la búsqueda de la verdad. El problema es que la

carga probatoria que recae sobre ellas no es un verdadero estímulo para practicar pruebas que les son desfavorables. Las partes y sus abogados no tienen una función epistémica asignada, por lo que sus iniciativas, como se explicó, no son *truth-oriented*. Esto es así porque para las partes ganar es valioso, incluso si los hechos que se tuvieron por probados en el proceso no coinciden con la verdad del mundo. En ese sentido, si se les permite a las partes elegir solo aportar las pruebas que favorecen a su postura y dejar fuera a las que la perjudican (dado que el incumplimiento de la carga probatoria no constituye ilícito alguno), entonces jamás existirán verdaderos incentivos de colaboración.

Lo descrito no solo es el reflejo de un proceso menos justo, porque limita la búsqueda de la verdad al hacerla depender de la voluntad y los intereses de las partes, sino que genera, más bien, los incentivos diametralmente opuestos a los deseados. En efecto, la ausencia de una sanción estricta frente al incumplimiento de los deberes de colaboración convierte la retención de pruebas desfavorables en un comportamiento valioso para la parte que las oculta y, por tanto, en una conducta incentivada.

Por lo tanto, si se pretende que el proceso, incluido el proceso laboral, se oriente genuinamente hacia la solución de las controversias a partir de una correcta determinación de los hechos, resulta indispensable reestructurarlo para permitir que los jueces y la normativa que estructura al proceso cuenten con condiciones suficientes para procurar la búsqueda de la verdad y para regular la actividad de las partes, de manera que estas no puedan entorpecer el proceso aprovechándose de la condición de hiposuficiencia probatoria que ostente la parte contraria (Ramos, 2020, pp. 116-118). Por estas razones y conforme a lo que se sostiene en este trabajo, lo dispuesto en los artículos 23.5 y 29 de la NLPT no soluciona el problema del gran desincentivo que presentan las partes para aportar pruebas que les sean desfavorables y, por lo tanto, no equilibran la balanza probatoria entre trabajadores y empleadores.

Frente a este panorama, resulta necesario repensar el modelo normativo vigente y avanzar hacia un esquema que sustituya la lógica de las «cargas» probatorias —en sentido subjetivo— por una basada en deberes jurídicamente exigibles. En esta línea, Sentís Melendo (1979, pp. 1004-1005) ha precisado que mientras las cargas son mecanismos de autorresponsabilidad, los deberes implican obligaciones cuya inobservancia puede generar sanciones.

Ya ha quedado evidenciado que los artículos 23.5 y 29 de la NLPT no son suficientes para generar los incentivos requeridos para que las partes colaboren probatoriamente incluso en contra de sus intereses, razón por la que el único elemento que subsiste para equilibrar la balanza probatoria en el proceso laboral es la carga de la prueba en sentido subjetivo (y las ya mencionadas distribuciones específicas de carga en los artículos 23.1, 23.2, 23.3 y 23.4). Sí, las partes deberían estar interesadas en probar los hechos que alegan, pero esto no garantiza que siempre puedan hacerlo o que dispongan del material probatorio para ello. Por consiguiente, la carga de la prueba en sentido subjetivo tampoco resulta suficiente para alcanzar el objetivo de contar con el acervo probatorio más completo posible para decidir sobre los hechos controvertidos. En ese sentido, a diferencia de las cargas, los deberes procesales constituyen mandatos vinculantes impuestos a las partes por el ordenamiento procesal o por el juez, cuyo incumplimiento puede generar consecuencias concretas que sí podrían propiciar los incentivos necesarios.

Sobre el particular, Posada Botero (2020) citando a Couture Etcheverry (1998) señala que son deberes procesales «aquellos imperativos jurídicos establecidos en favor de una adecuada realización del proceso. No miran tanto el interés individual de los litigantes como el interés de la comunidad. En ciertas oportunidades, esos deberes se refieren a las partes mismas, como son, por ejemplo, los deberes de decir la verdad, de lealtad, de probidad en el proceso» (pp. 111-112).

En este marco, cuando una parte procesal omite cumplir conductas relevantes para la obtención de la prueba —como declarar, colaborar, asistir a una audiencia—, no se configura una simple pérdida de oportunidad procesal, sino hechos ilícitos por ser contrarios al deber procesal de veracidad, probidad, lealtad, buena fe y colaboración de las partes. Por ejemplo, la NLPT, específicamente en el artículo 15, establece que los incumplimientos de estos deberes pueden ser sancionados con multas. Como se aprecia, la consecuencia de estas faltas de los deberes procesales constituyen directamente una sanción. Y ese es el rumbo que esta explicación busca sostener.

En consecuencia, los deberes procesales, concebidos como obligaciones impuestas a los sujetos procesales en aras de garantizar el correcto desenvolvimiento del proceso, pueden ser válidamente utilizados como mecanismo institucional para resolver controversias jurídicas. Dentro de esta categoría se inscriben no solo deberes de veracidad, lealtad y colaboración, sino también deberes de proposición, ofrecimiento y conservación de medios probatorios cuando corresponde a la parte la posibilidad de aportarlos. En tal sentido, los deberes probatorios se conciben de la siguiente manera:

- *Deberes de aportación.* Obligación de presentar los medios probatorios disponibles respecto de los hechos afirmados o negados.
- *Deberes de conservación.* Obligación de no destruir ni ocultar pruebas que se encuentran en su esfera de control.
- *Deberes de colaboración.* Obligación de facilitar el acceso a la prueba cuando esta se encuentra en poder de una de las partes en virtud de lo establecido en resoluciones judiciales o dentro del marco del principio de cooperación.

En esa línea, Pulido Ortiz (2019) sostiene que las sanciones aplicables se refieren a las «[...] desventajas a la inobservancia, establecidas por un sistema normativo como mecanismo para motivar a los individuos para actuar conforme a los deberes» (pp. 6-7). Al

respecto, cabe señalar que, para el autor, las sanciones no pueden ser consideradas un elemento necesario de los deberes jurídicos, puesto que son precisamente las sanciones las que dependen de tales deberes¹⁰ y no a la inversa.

Asimismo, al señalar que las sanciones son construidas y reguladas por el propio ordenamiento jurídico, Pulido resalta su carácter institucional y su función motivadora: no buscan castigar, sino incentivar el cumplimiento de los deberes jurídicos, especialmente aquellos que, como en el proceso, protegen intereses públicos fundamentales, como el acceso a la prueba o la colaboración procesal. Por su parte, Carnelutti (1993), citado también por Posada Botero (2020, pp. 112-113), sostiene que la sanción consiste en «el señalamiento de las consecuencias que deriven de la inobservancia del precepto. Y puesto que la sanción ha de estimular a la observancia del precepto, tales consecuencias han de ser, como es natural, desagradables, es decir: han de consistir en un mal¹¹»; por tanto, el propósito de las sanciones es que los sujetos procesales actúen de conformidad a los deberes jurídicos, aun cuando no estén motivados por ellas.

¹⁰ El autor precisa que toda sanción jurídica presupone la existencia de un deber cuya inobservancia pueda justificarla. Si bien es cierto que no existe una relación conceptual o constitutiva entre deber y sanción, no es menos cierto que sí existe una relación justificatoria: la validez de una sanción jurídica requiere que se funde en la existencia previa de un deber jurídico. En otros términos, aunque el deber no sea, por sí solo, una razón suficiente para imponer una sanción, toda sanción requiere como presupuesto justificativo un deber que la legitime.

¹¹ Carnelutti es citado para definir la sanción como la consecuencia negativa (un mal) derivada del incumplimiento de una norma que busca incentivar su cumplimiento. Entre las formas de sanción, distingue la pena, la restitución y el resarcimiento, explicando que esta última puede operar por equivalencia o compensación. En el proceso, esta sanción por equivalencia cumple una función sustitutiva o sucedánea de prueba, pues cuando una parte impide el acceso a la fuente probatoria (conocimiento o documento), la ley permite considerar acreditado el hecho a través de una inferencia adversa, ya sea una presunción o un indicio endoprocesal. Finalmente, el autor concluye que esta solución garantiza el derecho fundamental a la prueba dentro de los límites del debido proceso y la licitud probatoria, puesto que no es posible obtener prueba mediante coacción ilícita (como la tortura o la amenaza), el sucedáneo probatorio derivado de la conducta omisiva de la parte es una alternativa legítima, basada en el incumplimiento de un deber jurídico procesal.

Estas sanciones podrían ser de naturaleza procesal (la declaración de inadmisibilidad de escritos, la preclusión del derecho a ofrecer nuevos medios o la pérdida del procedimiento), pero también podrían contemplarse sanciones civiles (la indemnización por obstrucción procesal temeraria), penales (en casos de falsedad o destrucción deliberada de pruebas) o, incluso, pecuniarias (multas por desobediencia a mandatos judiciales). El criterio clave es que estas consecuencias sean proporcionales a la gravedad del incumplimiento y sean capaces de disuadir conductas procesales obstructivas, considerando quién es el infractor.

Aplicado al proceso laboral, esto implicaría prever consecuencias concretas frente al incumplimiento de deberes como el de conservación documental, el deber de colaboración con el órgano jurisdiccional o la negativa injustificada a exhibir medios probatorios relevantes. Asimismo, considerando el rol protagónico del juez, podrían establecerse sanciones ante el incumplimiento de los requerimientos de aportación de medios probatorios o de exhibición que este dirija a la parte que posea una prueba relevante o que cuente con mayores facilidades para producirla. De este modo, las sanciones no solo reforzarían la función epistémica del proceso, sino también su función reguladora, promoviendo un comportamiento procesal más diligente y transparente de ambas partes.

Concretamente, el incumplimiento de estos deberes no debería ocasionar la pérdida del caso como un resultado del razonamiento probatorio en la valoración de la prueba, sino, por ejemplo, directamente como una sanción procesal por su incumplimiento. Asimismo, podría pensarse también en la aplicación de un régimen progresivo de sanciones procesales (multas) que funcione como un verdadero mecanismo de desincentivo frente a la conducta ilícita (Ferrer Beltrán, 2019, p. 82). En esta misma línea de fortalecimiento institucional del acceso a la prueba resulta sumamente relevante considerar la posibilidad de incorporar mecanismos estructurales. Al respecto, puede pensarse no únicamente

en un aumento sustancial de los poderes probatorios del juez tras el establecimiento de sanciones como las descritas previamente, sino también otros elementos procedimentales como el *discovery*, propio del sistema adversarial anglosajón (Taruffo, 2019, p. 21).

Como afirma Gual Grau (2011) el *discovery* «[...] es un conjunto de actos procesales que tiene por objeto la obtención de información, principal pero no únicamente de carácter fáctico, para la mejor determinación de las posiciones de las partes en un determinado procedimiento judicial¹²» (pp. 115-116). Bajo ese entendido, el *discovery* es un procedimiento mediante el cual las partes están obligadas a revelar y facilitar el acceso recíproco a toda información relevante para el caso, incluso si esta información es desfavorable o no se planea utilizar activamente en el juicio. Esto permitiría que la parte que no dispone de la prueba, como muchas veces ocurre con los trabajadores, requiera toda la información relevante a la parte contraria, quien estaría ahora obligada a ponerla a su disposición.

Esta medida permitiría reducir la actual asimetría probatoria y garantizar un acceso equitativo a los medios de prueba, especialmente, en los casos en los que la parte trabajadora se encuentra en evidente desventaja informativa. Sin embargo, esta es solo una sugerencia entre muchas otras que resulten posibles, cuya aplicabilidad definitivamente debería ser estudiada, entre otras consideraciones, ya que la realidad

¹² El autor advierte las deficiencias que puede generar el uso indiscriminado de este mecanismo, el cual ha sido objeto de abusos procesales que terminan por obstaculizar las estrategias defensivas de las partes, además de incrementar el coste del litigio y ralentizar la eficiencia procesal. Así, la solicitud masiva de documentos (*fishing expeditions*) o la acumulación de *depositions* muchas veces innecesarias puede incrementar significativamente los costos y convertirse en una herramienta de presión para forzar acuerdos. Por ejemplo, grandes empresas pueden resistir estos procesos costosos y forzar a particulares a negociar, mientras que, en sentido inverso, una empresa enfrentada a requerimientos documentales excesivos o interrogatorios interminables puede verse obligada a transigir como única salida viable. Esta misma posición es compartida por Ferrer Beltrán, quien añade que resulta necesario diseñar una regulación capaz de asegurar, por un lado, la entrega completa y sin ocultaciones de la información solicitada por la parte requerida y, por otro, evitar que la parte solicitante formule pedidos indiscriminados de datos, bajo sanción (2019, p. 83).

nacional cuenta con particularidades propias que requerirían matizar diversos aspectos de la medida mencionada.

En conclusión, pasar al modelo de deberes probatorios, articulado con la posibilidad de aplicar sanciones civiles, penales, procesales o pecuniarias, y reforzado mediante mecanismos como el *discovery* (aunque seguramente puedan existir otros), permitiría construir un proceso laboral en el que sí se pueda equilibrar la balanza probatoria y, por tanto, se realce el compromiso con la verdad. Esta transformación no solo facilitaría la corrección de las actuales deficiencias normativas y no dejaría desatendidas las partes débiles del proceso del trabajo, sino que consolidaría una cultura procesal de cooperación, buena fe y responsabilidad probatoria compartida.

6. CONCLUSIONES

En este trabajo se ha pretendido demostrar que las disposiciones normativas contenidas en los artículos 23.5 y 29 de la NLPT, pensadas para equilibrar el desbalance probatorio existente entre empleadores y trabajadores, no cumplen con su finalidad.

Esta situación ocurre, principalmente, por la ambigüedad normativa que surge entre estos dos artículos, ya que no queda claro si disponen, respecto de los hechos que finalmente se tienen por probados en el litigio, si el juez tiene un deber o una facultad probatoria para estos efectos. Asimismo, tras una introductoria revisión dogmática, se suma a lo anterior que estas disposiciones tampoco ofrecen criterios precisos sobre la valoración de la suficiencia de los indicios, y trasladan la decisión a los jueces, otorgándoles un margen de discrecionalidad muy amplio que, en la práctica jurisdiccional, no termina por incentivar las partes del proceso laboral para aportar las pruebas relevantes.

Luego, para verificar cuáles eran los verdaderos efectos probatorios de la normativa, se desarrolló un breve estudio conceptual

de las presunciones y de la institución de la carga de la prueba, en el que se determinó que ni el artículo 23.5 ni el artículo 29 refieren a alguna de estas figuras y que, más bien, ambos regulan aquello que los jueces efectúan de ordinario para tener hechos por probados: simples inferencias probatorias. En ese sentido, si tales artículos solo reflejan lo que ya ocurre en el proceso laboral en relación con la colaboración probatoria, la única directriz subsistente para la aportación de medios probatorios es la carga de la prueba en su dimensión subjetiva, según la que las partes deberían estar interesadas en probar sus alegaciones si buscan resultar vencedoras del litigio.

Sin embargo, debido a las propias características de los intereses de las partes, estos no se encuentran vinculados necesariamente a la búsqueda de la verdad, razón por la que preferirán siempre no aportar los medios probatorios que sean desfavorables a su postura. Es por ello que ambos artículos, como indica el título del presente trabajo, no son más que amenazas vacías, pues no tienen una injerencia determinante en los incentivos de las partes para aportar y sumar al acervo probatorio, de modo que este resulte lo más completo y robusto posible para la decisión sobre los hechos.

Frente a este diagnóstico, es evidente que la Nueva Ley Procesal del Trabajo ha depositado su confianza en la discrecionalidad del juez y en la iniciativa probatoria de las partes, pero sin proveer los mecanismos procesales que permitan la generación de verdaderos deberes en favor de las partes acerca de revelar o aportar las pruebas que podrían resolver con justicia los casos concretos. La inexistencia de este tipo de deberes y sus correlativas consecuencias específicas —como sanciones económicas, procesales, civiles o hasta penales— perpetúan los desequilibrios probatorios y refuerzan el incentivo contrario de los empleadores de no revelar información que les resulta perjudicial, pero que podría ser determinante para resolver la controversia.

Para responder a esta serie de deficiencias, se ha propuesto la incorporación de deberes probatorios positivos, tipificados y acompañados de sanciones previas, proporcionales y eficaces en caso se incumplan los deberes. Además, se ha recomendado no solo dotar a los jueces de mayores poderes probatorios que les permitan imponer de manera específica estos deberes (mediante exhibicionales, por ejemplo), sino que se incorporen mecanismos alternativos como el *discovery*, que garanticen de manera óptima la presencia de los medios relevantes en el expediente, sin necesidad de arribar a conclusiones probatorias, sin datos o pruebas que las validen, basadas en inferencias probatorias formuladas irreflexivamente o a partir de interpretaciones arbitrarias de la conducta procesal de las partes.

Así, a través de la creación de obligaciones probatorias explícitas y sanciones efectivas, sumadas a otras herramientas de obtención de medios probatorios, podría superarse el denunciado espejismo del equilibrio procesal en el proceso del trabajo.

7. REFERENCIAS

- Aguiló Regla, J. (2017). Las presunciones *hominis* y las inferencias probatorias. *Derecho PUCP*, (79), 99–110. <https://doi.org/10.18800/derechopucp.201702.005>
- Alvarado Bustos, C. (2019). *La prueba en el proceso laboral*. Gaceta Jurídica.
- Ávalos Jara, O. (2020). Las presunciones en el marco de la Nueva Ley Procesal del Trabajo. *Soluciones Laborales*, (156), 83-90.
- Dei Vecchi, D. (2019). El carácter presuntivo de las presunciones absolutas. *Revus*, (38), 75-108. <https://doi.org/10.4000/revus.5333>

- Dei Vecchi, D. (2025). Los hechos, las palabras y las presunciones. En C. Vázquez (ed.), *Debatiendo con Marina Gascón Abellán. Veinticinco años de Los hechos en el derecho. Bases argumentales de la prueba* (pp. 19-29). Marcial Pons.
- Devis Echandía, H. (1981). *Teoría general de la prueba judicial* (tomo I, 5.^a ed.). Rubinzal-Culzoni Editores.
- Ferrer Beltrán, J. (2005). *Prueba y verdad en el Derecho* (2.^a ed.). Marcial Pons.
- Ferrer Beltrán, J. (2007). *La valoración racional de la prueba*. Marcial Pons.
- Ferrer Beltrán, J. (2019). La carga dinámica de la prueba: entre la confusión y lo innecesario. En J. Ferrer Beltrán, J. Nieva Fenoll y L. J. Giannini, *Contra la carga de la prueba* (pp. 52–87). Marcial Pons.
- Ferrer Beltrán, J. (2022). La decisión probatoria. En J. Ferrer Beltrán (coord.), *Manual de Razonamiento Probatorio* (pp. 397-458). Suprema Corte de Justicia de la Nación de México. http://scjn.gob.mx/derechos-humanos/sites/default/files/Publicaciones/archivos/2024-02/Manual%20de%20razonamiento%20probatorio_0.pdf
- Ferrer Beltrán, J. (2025). *Prueba sin convicción. Estándares de prueba y debido proceso* (2.^a ed.). Marcial Pons.
- Gama Leyva, R. (2013). Concepciones y tipología de las presunciones en el derecho continental. *Revista de Estudios de la Justicia*, (19), 65–89. <https://rej.uchile.cl/index.php/RECEJ/article/view/36187>
- Gascón Abellán, M. (2010). *Los hechos en el derecho. Bases argumentales de la prueba* (3.^a ed.). Marcial Pons.
- González Lagier, D. (2022). *Quaestio facti. Ensayos sobre prueba, causalidad y acción* (vol. I). Palestra Editores.

- Gual Grau, C. (2011). Breves apuntes sobre el *discovery*. *Revista Actualidad Jurídica Uría Menéndez*, (29), 114-119.
- Limardo, A. (2021). Repensando las máximas de experiencia. *Quaestio facti. Revista Internacional sobre Razonamiento Probatorio*, (2), 115-153. https://doi.org/10.33115/udg_bib/qf.i2.22464
- Mendonça, D. (1998). Sobre la idea de «aceptación» como actitud proposicional en las presunciones. *DOXA. Cuadernos de Filosofía del Derecho*, (21), 83-98. <https://doi.org/10.14198/DOXA1998.21.1.05>
- Montero Aroca, J. (2005). *La prueba en el proceso civil* (4.^a ed.). Thomson Civitas.
- Nieva Fenoll, J. (2019). La carga de la prueba: una reliquia histórica que debiera ser abolida. En J. Ferrer Beltrán, J. Nieva Fenoll y L. J. Giannini (eds.), *Contra la carga de la prueba* (pp. 23-52). Marcial Pons.
- Nieva Fenoll, J. (2022). *Derecho procesal II: Proceso civil* (2.^a ed.). Tirant lo Blanch.
- Posada Botero, J. (2020). La asignación de consecuencias probatorias a las conductas de las partes ¿Incumplimiento de una carga o de un deber? *Estudios de Derecho*, 77(170), 95-116. <https://doi.org/10.17533/udea.esde.v77n170a04>
- Pulido Ortiz, F. (2019). La fuerza del derecho: sanciones, coerción y coacción. *Persona y Derecho*, (81), 151-183.
- Priori Posada, G. F. y Pérez-Prieto de las Casas, R. (2012). La carga de la prueba en el proceso laboral. *Ius et Veritas*, 22(45), 334-345. <https://revistas.pucp.edu.pe/index.php/iusetveritas/article/view/12007>

- Ramos, V. P. (2020). *La carga de la prueba en el proceso civil: De la carga al deber de probar*. Marcial Pons.
- Rivera Morales, R. (2025). *Presunciones e indicios en el proceso. Aproximación a un tratamiento científico*. Palestra.
- Rosenberg, L. (2002). *La carga de la prueba* (2.^a ed.). Editorial BdeF.
- Saldarriaga Medina, J. M. (2014). La conducta de las partes en el nuevo proceso laboral: Comentarios sobre el deber de colaboración en la etapa probatoria y los efectos de la rebeldía en el proceso abreviado. En J. Arévalo (ed.), *Nuevas instituciones del proceso laboral* (pp. 121-126). Gaceta Jurídica.
- Sentis Melendo, S. (1979). *La prueba: Los grandes temas del derecho probatorio*. Ediciones Jurídicas Europa América.
- Schauer, F. (2006). *Profiles, Probabilities, and Stereotypes*. Harvard University Press.
- Taruffo, M. (1974). Certezza e probabilità nelle presunzioni. *Il Foro Italiano*, 97, 83-84/111-112.
- Taruffo, M. (2002). *La prueba de los hechos jurídicos* (trad. J. Ferrer Beltrán). Trotta.
- Taruffo, M. (2009). Considerazioni sulle massime d'esperienza. *Rivista Trimestrale di Diritto e Procedura Civile*, 63(2), 551-569.
- Taruffo, M. (2019). Casi una introducción. En J. Ferrer Beltrán, J. Nieva Fenoll y L. J. Giannini (eds.), *Contra la carga de la prueba* (pp. 11-21). Marcial Pons.
- Toulmin, S. E. (2003). *The uses of argument* (ed. actualizada). Cambridge University Press.
- Toyama, J., y Vinatea, L. (2025). *Nueva Ley Procesal del Trabajo: análisis y comentarios*. Gaceta Jurídica.

Fuentes normativas y jurisprudenciales

Casación Laboral n.º 28095 2022 La Libertad (2022). Corte Suprema de Justicia de la República (4 de abril de 2024).

Casación Laboral n.º 7099 2023 Lambayeque (2023). Corte Suprema de Justicia de la República (7 de mayo de 2024).

Financiamiento

Autofinanciado.

Conflicto de intereses

Los autores declaran no tener conflicto de intereses.

Contribución de autoría

Ambos autores han contribuido equitativamente en (i) el recojo o la adquisición, el análisis o la interpretación de datos para la concepción y el diseño del trabajo; (ii) en la redacción del trabajo y su revisión crítica sobre el contenido intelectual importante; además, (iii) en la aprobación final de la versión que se publicará.

Agradecimientos

Agradecemos encarecidamente a nuestros queridos amigos y colegas Berosca Burga, Fernando Paolillo, María José Corzo, Cristina Cevallos, Paolo Bazo y Valeria Murillo, por su apoyo y sus comentarios sobre las versiones preliminares de este trabajo. Asimismo, al grupo de investigación Proceso, Derecho y Justicia –PRODEJUS, de la Pontificia Universidad Católica del Perú–, por permitirnos someter a discusión estas ideas con todos sus miembros.

Biografía de los autores

Alexia María Caballero Saavedra es una destacada abogada por la Universidad de Piura, cuya tesis obtuvo la nota «sobresaliente». Se encuentra asociada a la firma Cornejo ^ Calderón Boutique Laboral.

Carlos Adrián Daza Lozada es magíster en Razonamiento Probatorio por la Universitat de Girona y la Università degli Studi di Genova, y abogado por la Universidad de Piura. Tanto su tesis de maestría como la de licenciatura fueron calificadas con la nota «sobresaliente». Es miembro asociado del grupo de investigación Proceso, Derecho y Justicia (PRODEJUS) de la Pontificia Universidad Católica del Perú. También es adjunto de docencia de diversas asignaturas del área de Sistema de Justicia de la Facultad de Derecho de la PUCP.

Correspondencia

dazalozadaabogado@gmail.com